



Marcelo Nazareno - Ma. Soledad Segura - Guillermo Vázquez  
(editores)

# Pasaron cosas

Política y políticas públicas  
en el gobierno de Cambiemos

**Marcelo Nazareno**  
**María Soledad Segura**  
**Guillermo Vázquez (editores)**

# **Pasaron cosas**

## **Política y políticas públicas**

### **en el gobierno de Cambiemos**



facultad de ciencias  
**sociales**



UNC

Universidad  
Nacional  
de Córdoba



Editorial Brujas

**Título:** *Pasaron cosas: política y políticas públicas en el gobierno de Cambiemos*

**Edición:** Marcelo Nazareno, María Soledad Segura, Guillermo Vázquez

**Autores/as:**

María Inés Peralta

Diego Tatián

Marcelo Nazareno

María Soledad Segura

Guillermo Vázquez

Flavia Dezzutto

Silvia Morón

Julieta Almada

Federico Reche

Sergio Saíz Bonzano

María Susana Bonetto

Valeria Brusco

Eva Da Porta

Iván Ase

Leticia Medina

Nora Britos

Rubén Caro

Valeria Plaza

Magdalena Brocca

Susana Morales

María José Franco

Natalia Becerra

Karina Tomatis

María Teresa Bosio

Alejandra Domínguez

Alicia Soldevilla

Gabriela Bard Wigdor

Patricia Acevedo

Susana Andrada

Eliana López

Eugenia Rotondi

Ana Paola Machinandiarena

María Teresa Piñero

Gala Aznarez Carini

Mariana Gamboa Fernández

**Corrección:** Rocío Longo

**Foto de tapa:** Mickaela Hubeli. Imagen de Adrián Albornoz.

Nazareno, Marcelo

Pasaron cosas : política y políticas públicas en el gobierno de Cambiemos / Marcelo Nazareno ; María Soledad Segura ; Guillermo Vázquez ; editado por Marcelo Nazareno ; María Soledad Segura ; Guillermo Vázquez. - 1a ed. - Córdoba : Brujas ; Córdoba : Universidad de Nacional de Córdoba (UNC), 2019. 412 p. ; 25 x 17 cm.

ISBN 978-987-760-211-1

1. Política Argentina. 2. Análisis de Políticas. 3. Políticas Públicas. I. Nazareno, Marcelo, ed. II. Segura, María Soledad, ed. III. Vázquez, Guillermo, ed. IV. Título. CDD 320.82

© De todas las ediciones, los autores

© 2019 Editorial Brujas, Universidad de Nacional de Córdoba

1° Edición.

Impreso en Argentina

ISBN: 978-987-760-211-1

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de tapa, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o por fotocopia sin autorización previa.



[www.editorialbrujas.com.ar](http://www.editorialbrujas.com.ar) [publicaciones@editorialbrujas.com.ar](mailto:publicaciones@editorialbrujas.com.ar)

Tel/fax: (0351) 4606044 / 4691616– Pasaje España 1486 Córdoba–Argentina.

## Índice

---

Prefacio .....	7
Prólogo .....	9
Presentación.....	17
Parte I. La política.....	21
Neoliberalismo profundo. Apuntes sobre el “proyecto hegemónico” de la nueva derecha argentina .....	23
<i>Marcelo Nazareno</i>	
La pregunta por el fascismo en la era de Cambiemos .....	45
<i>Flavia Dezzutto</i>	
El regreso de la miseria planificada: disputa hegemónica y dinámica de acumulación en Argentina bajo la alianza Cambiemos.....	61
<i>Silvia Morón, Julieta Almada, Federico Reche, Sergio Saiz Bonzano</i>	
Democracia y populismo.....	91
<i>María Susana Bonetto</i>	
Que la muerte esté tranquila: sobre el vínculo entre historia y política en el gobierno de Cambiemos.....	115
<i>Guillermo Vázquez</i>	
Votantes crédulos de candidatos increíbles. El voto a Cambiemos de trabajadores del sector informal en Córdoba.....	131
<i>Valeria Brusco</i>	

Parte II. Las políticas públicas .....	147
La “revolución educativa” de Cambiemos .....	149
<i>Eva Da Porta</i>	
Un modelo cada vez más excluyente. Las políticas de comunicación del gobierno de Cambiemos.....	171
<i>María Soledad Segura</i>	
Cobertura Universal en Salud: ¿garantía del derecho a la salud o el nuevo nombre del ajuste?.....	199
<i>Iván Ase</i>	
De trabajadores a “costo laboral”. Las políticas laborales en la era macrista .....	221
<i>Leticia Medina</i>	
Regresividad, remercantilización y dualización. Las reformas previsionales de la alianza Cambiemos.....	245
<i>Nora Britos, Rubén Caro</i>	
La política de seguridad de Cambiemos: continuidades, rupturas y la legitimación política de la violencia policial.....	267
<i>Valeria Plaza, Susana Morales, Magdalena Brocca</i>	
“Un país con 40 millones de emprendedores”. La política de economía social y popular para superar la pobreza.....	287
<i>Natalia Becerra, María José Franco, Karina Tomatis</i>	
Demandas feministas en la Argentina contemporánea: las políticas de género en el marco del neoliberalismo .....	311
<i>María Teresa Bosio, Alejandra Domínguez, Alicia Soldevila, Gabriela Bard Wigdor</i>	
Políticas de juventud en tiempos de Cambiemos: <i>¿de la inclusión a la meritocracia?</i> .....	335
<i>Mariana Patricia Acevedo, Susana Silvia, Mónica Andrada, Eliana López, Eugenia Rotondi</i>	
Niñez: paradigmas y políticas en los tiempos de Cambiemos.....	359
<i>María Inés Peralta, Ana Paola Machinandiarena</i>	
<b>Neoliberalismo periférico</b> en relaciones internacionales: Macri y su política de inserción internacional.....	375
<i>María Teresa Piñero</i>	
Políticas de ausencias, una receta neoliberal para la ruralidad .....	395
<i>Gala Aznárez Carini, Mariana Gamboa Fernández</i>	

## **Neoliberalismo profundo. Apuntes sobre el “proyecto hegemónico” de la nueva derecha argentina**

---

*Marcelo Nazareno*<sup>1</sup>

La pregunta sobre qué es el gobierno de Cambiemos<sup>2</sup> parece, en principio, tener una fácil respuesta. Es un gobierno de derecha. No solo eso, de derecha neoliberal. Son varias las señales, claras, que apuntan en ese sentido. No obstante, el gobierno de Cambiemos parece haber generado cierto desconcierto entre quienes quieren caracterizarlo o, al menos, entre quienes miramos el conjunto de estas caracterizaciones. En efecto, en ellas se recurre a una serie de nuevos términos o conceptos con los cuales se indica que el neoliberalismo de Cambiemos presenta una serie de novedosas singularidades sobre cuya naturaleza, sin embargo, no parece haber del todo acuerdo. Se habla así de “posneoliberalismo”, “neoliberalismo después del neoliberalismo” o “liberalismo tardío” (haremos referencia a alguna de estas nociones y su contexto conceptual más adelante). En algunos casos las caracterizaciones del gobierno de Cambiemos señalan, más o menos explícitamente, que aquellas particularidades descansan en un cierto relajamiento de su conexión con el neoliberalismo. A esto se suman (ya más en el plano de la disputa ideológico-política) quienes ven al gobierno como una versión casi idéntica al neoliberalismo de la década del noventa del siglo pasado (o sea, “neoliberalismo a secas”), y aún quienes niegan (no siempre desde un alineamiento político o ideológico cerrado con el gobierno) que se trate de un gobierno neoliberal (o incluso de derecha).

---

<sup>1</sup> Licenciado en Historia y Magíster en Administración Pública. Doctor en Ciencias Sociales por Flacso-Argentina. Profesor titular por concurso de Teoría Política, Democracia y Estado Argentino en la FCS-UNC y profesor adjunto de Teoría Política en la FFyH-UNC. Docente e Investigador de la Unidad Asociada al CONICET de la UCC y Director del Doctorado en Política y Gobierno en esta Universidad. Dirige actualmente un proyecto de investigación (radicado en la FCS y financiado por Secyt-UNC) sobre procesos políticos y hegemonía en América Latina. Correo electrónico: nazarenomcarcelo55@gmail.com

<sup>2</sup> Cambiemos es una coalición electoral, pero su gobierno no es uno de coalición. En los hechos se trata del gobierno del PRO (Propuesta Republicana), partido en el que hay una participación muy marginal o nula de sus socios electorales en las grandes decisiones estratégicas. No obstante, por respeto a las notaciones usuales y del habla cotidiana sigo hablando en este trabajo del “gobierno de Cambiemos”, cuando en realidad significo “gobierno del PRO”.



Por cierto, el gobierno de Cambiemos no es una experiencia aislada en el contexto latinoamericano. Forma parte de una tendencia regional de fortalecimiento y renovación de expresiones políticas que, aunque más no sea por el hecho de que surgen como oposición a gobiernos o movimientos de izquierda, pocos dudarían en calificar de derecha (cualquiera fueran sus connotaciones específicas y su conexión con el neoliberalismo).

Hay cierto consenso en llamar a esta derecha “nueva derecha latinoamericana” (NDL) que en varios países latinoamericanos demostró poder afrontar competitivamente elecciones (nacionales, provinciales y/o municipales) y, eventualmente, ganarlas.

Esta NDL abre una serie de preguntas ¿Efectivamente ha surgido una nueva derecha en la región? ¿Cuáles y cómo son sus relaciones con las viejas derechas? ¿Cuáles son los países en los que estas nuevas derechas se han consolidado y por qué? Y la que considero una pregunta clave: ¿Cuál es la naturaleza de su novedad?

La nueva derecha argentina (NDA) presenta una serie de rasgos que, al darse conjuntamente, la destacan en el contexto latinoamericano y hacen de su estudio un potencial aporte muy importante para la caracterización de las NDL: Cambiemos es una de las experiencias más nuevas de las NDL, una de las que más rápidamente llegó al poder, lo hizo en elecciones libres y limpias y en un contexto previo dominado por una expresión relativamente intensa de lo que se llamó la “nueva izquierda latinoamericana” (NIL), el kirchnerismo, y oficial y públicamente, ha cortado lazos políticos (aunque no programáticos) con la dictadura previa a la recuperación democrática. De algún modo, Cambiemos es la “más nueva” y quizá la más (hasta ahora) exitosa de las NDL.

Los motivos para reflexionar sobre la NDA están lejos de ser solamente académicos. Lo que genéricamente podríamos llamar el “campo popular” en el país está hoy, en buena medida, políticamente a la defensiva. Podemos asumir que, para este campo, resistir exitosamente a la implementación del programa de la derecha y pasar luego a constituir una alternativa política capaz de disputar electoralmente con el actual gobierno, depende, entre otras cosas, de una adecuada caracterización de la presente coyuntura; y, dentro de esta caracterización, una ajustada comprensión de lo que *es* y *hace* (y quiere hacer) Cambiemos es clave. Desarrollar elementos que contribuyan a esta adecuada caracterización es el principal objetivo de este capítulo.<sup>3</sup>

La idea que sostengo, en este sentido, es que Cambiemos opera políticamente, en el nivel de *lo* político, esto es, el ámbito en el cual “se instituye la sociedad” (donde se definen las identidades sociales y la naturaleza de las relaciones que

<sup>3</sup> No abordaremos aquí, por razones de espacio y del capital intelectual disponible en este momento, cuestiones de una –también obvia– gran relevancia que corresponden a *cómo*, *por qué* y *hasta dónde* puede (y podrá) Cambiemos hacer lo que hace. Varios aspectos vinculados con estas preguntas son abordados en otros capítulos de este libro.

las vinculan). Este ámbito provee la base sobre la cual opera y funciona *la política* (el conjunto de hechos, instituciones y de prácticas de la política convencional, Mouffe, 2007, p.16). El diseño y el conjunto de prácticas de esta operatoria es lo que llamo *proyecto hegemónico* y constituye la novedad sustancial de esta nueva derecha respecto de las anteriores. Se trata de un proyecto político “fundacional”, para el cual diferentes aspectos de la contienda política y de las políticas públicas tienen un carácter instrumental respecto de los cambios de base que propone. Es la “profundidad” de este proyecto neoliberal que se impulsa desde el Estado (o sea, desde arriba), lo que lo distingue de los proyectos neoliberales previos que operaron, más allá de los costos sociales que implicaron, en la “superficie” política de lo político. De allí que caracterizar al gobierno de Cambiemos *solamente* a partir de sus acciones políticas lleva, cuando menos, a una idea muy incompleta y sesgada respecto de su naturaleza y, en el peor de los casos, a una imagen errónea de lo que su gobierno implica para la vida social y política de nuestro país (más allá de eventuales derrotas electorales que pueda sufrir en un futuro cercano y de la actual crisis profunda de su modelo de política macroeconómica).

El trabajo consta de tres partes, además de la presente introducción. En la primera abordo dos cuestiones: I) qué tiene de “derecha” la NDA, y II) las respuestas que se dieron en la literatura a una cuestión que suscita más debate: qué tiene de “nuevo” y hasta dónde esto nuevo hace a la NDL y la NDA “menos” de derecha. En la segunda parte paso a desarrollar mi argumento de que, más allá del valor de aquellas respuestas, tal novedad no radica tanto en sus acciones propiamente políticas, sino en los cambios que propone e intenta llevar adelante, usando las herramientas del Estado, en el campo de lo político; abordo aquí algunas cuestiones teórico-conceptuales para establecer en *qué* consisten estos cambios. Finalmente, a modo de conclusión, me aproximo a la cuestión de las implicancias que esto tiene en términos de las opciones y las identidades políticas del campo popular.

## 1. Cuán de derecha y nueva es la NDA

Ciertos rasgos del gobierno de Cambiemos han llevado a algunos analistas e intelectuales a preguntarse sobre su identidad ideológica. Cierta “sensibilidad social” expresada en el llamado “gradualismo” y el no desmantelamiento completo de planes sociales implementados por el gobierno anterior, la asunción –en algún momento explícita– del “desarrollismo” como norte programático, e incluso lo que sería un compromiso firme con las reglas del juego democrático, han sido señalados como rasgos de lo novedoso de esta expresión de derecha, la cual, precisamente por estas novedades, sería algo menos de derecha y, quizá, nada de derecha en absoluto.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> En un registro diferente al de la cuestión del posicionamiento ideológico del gobierno, pero



En síntesis, la pregunta sería: ¿la NDA es tan novedosa que ha diluido buena parte de sus rasgos de derecha, corriéndose efectivamente hacia el centro e incluso, como proponen algunos intelectuales orgánicos del gobierno, a la centroizquierda del espectro ideológico?

Por supuesto la respuesta a esta pregunta depende de qué consideremos derecha (e izquierda). Como todo en ciencias sociales, esta cuestión conceptual es debatible y no hay pleno consenso. Pero en general es bastante aceptada la visión de Bobbio (2001) sobre el tema, y es la que asumo aquí. Desde el punto de vista del teórico italiano, la derecha se diferencia de la izquierda por su posición frente a la desigualdad. La derecha sacraliza el derecho individual de la propiedad (derecho cuya vigencia plena identifica con la noción de “libertad”) y rechaza que, con el fin de corregir las desigualdades que el ejercicio de aquel derecho pueda producir, este sea menoscabado por la intervención del Estado. Esto se complementa con la idea, sustentada en un aparato analítico extremadamente sofisticado desarrollado por las corrientes neoclásicas primero y neoliberales después, de que este respeto pleno por los derechos individuales de propiedad resulta en el mejor desempeño posible de la economía y, con ello, en la mejor situación esperable en términos del bienestar general.

El programa económico concreto que resulta de esta posición ideológico-académica puede rastrearse por lo menos hasta las formulaciones de Friedrich Hayek en la década del cuarenta del siglo pasado: eliminación de controles sobre el sistema de precios, plena integración a los mercados financiero, comercial y de capital internacional, reducción de impuestos al capital para favorecer la inversión (estimulación de la economía por el lado de la “oferta”), control de la inflación a través de instrumentos monetarios y cambiarios, liberalización máxima del mercado de trabajo, entre otros aspectos.

No hace falta indagar demasiado en las medidas económicas que el gobierno viene adoptando desde que asumió el poder, para darnos cuenta de que su programa económico (tanto la parte que pudo implementar como la que no pudo, aún, hacerlo) coinciden punto por punto con estas prescripciones. En materia de política económica y redistributiva Cambiemos no es solo de derecha, sino de una derecha “vieja”, que adopta prácticamente sin elemento novedoso alguno los principios propios de los gobiernos neoconservadores de la década del ochenta del siglo pasado en los países centrales y las prescripciones del “Consenso de Washington” que impregnaron las políticas económicas latinoamericanas durante la década del noventa del mismo siglo.<sup>5</sup> Pero entonces, ¿qué es lo “nuevo”

---

que resalta cierta dimensión progresista de Cambiemos, Murillo (2017) sostiene que el actual gobierno puede verse como una etapa más del proceso de expansión de los derechos civiles que se inició con la recuperación democrática.

<sup>5</sup> Respecto a las políticas económicas del macrismo, su base de clase y su conexión con la agenda neoliberal ver Zicari (2016), Varesi (2016) y Wainer (2017).

que parece mostrar, lo que la distingue de las “viejas” derechas?

Este es un interrogante que varios autores se han hecho respecto no solo de la Argentina, sino también de América Latina en general. Como dice el título del artículo de Giordano (2014): ¿Qué hay de nuevo en las “nuevas derechas”?

Una primera alternativa de distinción es su relación con la democracia. Las NDL tendrían un compromiso con las reglas democráticas que no tuvieron sus predecesoras, más proclives a hacerse con el poder a través de golpes de Estado y la instauración de dictaduras militares.

Sin embargo, como señala Giordano (2014), la revalorización de la democracia y el compromiso con ella fue una característica distintiva de los partidos que promovieron los ajustes neoliberales en las décadas del ochenta y del noventa del siglo pasado. Es cierto que este compromiso era “instrumental”, en el sentido que el respeto por las reglas democráticas se visualizaba en ese entonces por las fuerzas de derecha como el mejor modo de impulsar las reformas neoliberales. No obstante, este compromiso fue real y efectivo, por lo que este criterio de distinción no parece precedente.

Un segundo criterio remite también al régimen democrático, pero de un modo diferente. No refiere al compromiso con la democracia, sino al contenido del proyecto político-económico de las NDL “dentro” de los sistemas democráticos, los cuales son tomados ahora por estas fuerzas políticas como un dato que no pretenden (y asumen que no pueden) cambiar. En este sentido, las NDL abandonan el carácter instrumental de su compromiso democrático. Dado que deben confrontar con fuerzas políticas de izquierda o de centroizquierda, política y electoralmente consolidadas, “las derechas ostentan como elemento ‘nuevo’ la bandera de la inclusión, junto con una reivindicación de la democracia política que no es nueva” (Giordano, 2014, p.53). Vommaro (2017a) parece compartir esta visión cuando sostiene que el gobierno de Cambiemos se apartó de la idea neoliberal de que las reformas implican un “costo”, y que se comprometió con la idea de que, mientras se dé el tránsito hacia una economía y una sociedad más libres, el Estado debe asumir el “cuidado” de los sectores más vulnerables (a través de la continuidad de los planes sociales y de un plan masivo de creación de infraestructura). A su vez, esta mirada inclusiva se corresponde con otra consideración respecto del rol del Estado y las políticas públicas. Las NDL no incorporan en su agenda propuestas reprivatizadoras (Stefanoni, 2014, en Giordano, 2014, p.49), reivindican el rol activo del Estado en la economía, destacan la importancia de la salud y la educación pública y prometen mantener las políticas sociales en caso del llegar al poder (Natanson, 2018). Esto es, “cuando se habla hoy de ‘nuevas derechas’ parece claro que no se está haciendo referencia a esas derechas portadoras de la agenda del Estado ‘mínimo’ y el ajuste estructural” (Giordano, 2014, p.51). En este sentido, entonces, las NDL ya no serían neoliberales, sino

“pos-neoliberales” (Barriga y Szulman, 2015, p.124). Podríamos decir que las NDL se caracterizan por ser, además de democráticas, más estatistas y más sensibles socialmente, esto es, por ser “menos social y políticamente de derecha” que sus predecesoras.

El problema con esta perspectiva es que, si bien algunos rasgos que señala son reales (efectivamente, Cambiemos no desmanteló, por ejemplo, los planes sociales del gobierno previo), no especifica la relación entre este supuesto pos-neoliberalismo y los rasgos neoliberales y de derecha clásica que señalamos más arriba. ¿Se trata de aspectos contradictorios que generan una tensión que terminará por expresarse políticamente? ¿O bien son aspectos complementarios, siendo esta complementariedad lo “nuevo” de las NDL? Pero en este caso ¿en qué consiste esta complementariedad y cómo se procesa en términos políticos? En este sentido es paradigmático que el gobierno de Cambiemos, al tiempo que mantiene los planes sociales, reduce las prestaciones del sistema de seguridad social y tiende a disminuir de hecho las inversiones estatales nacionales en salud y educación. Si la novedad de la NDL es la “inclusión”, se trata de una inclusión que no responde a la conceptualización que hasta ahora teníamos de la misma.

Una tercera mirada es la que proponen García Delgado y Gradin (2017) y otros investigadores del área de Estado y Políticas Públicas de FLACSO-Argentina. Para estos autores, lo novedoso en la etapa actual es que las fuerzas políticas de la derecha son expresión de un “neoliberalismo tardío”, esto es, de un neoliberalismo cuyo impulso en nuestro país y la región se da en un contexto internacional poco favorable para su desarrollo y arraigo. A este contexto, los autores suman ciertas características específicas de los partidos y gobiernos de la NDL y sus prácticas políticas, como son sus modalidades de acción político-electoral (con la preminencia que en ella tiene el uso de nuevas tecnologías y las redes sociales), sus programas económicos orientados a la especialización productiva apalancada por un fuerte endeudamiento externo y la “judicialización de la política”, entre otros.

Se trata, sin dudas, de una caracterización de la NDL y la NDA rica por su multidimensionalidad. Más allá de sus méritos, sus limitaciones surgen de la falta de articulación analítica entre las diferentes dimensiones y su posible jerarquización teórica y conceptual. Así, por ejemplo, podríamos preguntarnos si todos estos rasgos son propios de la (nueva) naturaleza de Cambiemos o bien algunas son sustanciales y otras adquieren un estatus instrumental respecto de aquellas.

Si hacemos un balance conjunto de todas estas perspectivas (y asumiendo que muestran aspectos diferentes y parciales de una misma realidad), sumado a lo dicho anteriormente sobre las políticas económicas de Cambiemos, lo que tenemos es un panorama muy poco claro sobre lo que son las NDL.

Frente a esto, una opción es plantear que la novedad de las NDL y de la NDA es que no tienen un programa político consistente, que sufren de cierto

desconcierto aun cuando llegan al gobierno y que apelan, un tanto anárquicamente (desde el gobierno de Cambiemos se dice “pragmáticamente”), a un conjunto de acciones políticas y de políticas públicas inconsistentes y contradictorias, las cuales, indefectiblemente, terminarán por generar una crisis que marcará el ocaso de esta experiencia política en la región.

Sin descartar completamente esta opción o, al menos (lo que parece más probable) aceptar que describe parcialmente el cuadro real de situación, me parece valioso explorar otra alternativa: que estos rasgos múltiples y en algunos casos contradictorios obedecen no a una situación de desconcierto o incapacidad, sino que constituyen la expresión de un núcleo político estratégico en el que encuentran su coherencia más allá de sus más o menos reales inconsistencias.

Este núcleo político estratégico ha sido insinuado por varios autores: Cambiemos, más allá (o más acá) de las políticas concretas que impulsa y de los rasgos que asume su operatoria político-electoral, parece expresar un objetivo *hegemónico*.

Así, García Delgado y Gradin (2017, p.22) afirman que el gobierno de Cambiemos sostiene una “batalla cultural” con el fin de generar una hegemonía por la cual “los sectores subordinados acepten la visión del mundo de los dominadores”; Vommaro (2017b) plantea que (de un modo pragmático y gradual) el gobierno de Cambiemos pretende generar un cambio cultural “irreversible” que haga posible y sustentable un país normal comprometido con la apertura y la inversión; Natanson (2018) sostiene que Cambiemos avanzó en la construcción de una nueva hegemonía, interviniendo y ganando en la disputa por la subjetividad social (la cual estaría en la base de su éxito electoral); mientras, Rodríguez (2017) se pregunta (un tanto irónicamente pero dando una respuesta positiva) si en Cambiemos “leen a Gramsci”, dada su capacidad para operar en el terreno de la lucha hegemónica.

Quizás quien más claramente expresó esta “lectura gramsciana” de la NDA sea Natanson, al referirse lo que indicaban los triunfos electorales de Cambiemos en las elecciones de 2015 y 2017:

El gobierno consolidó su dominio electoral y fortaleció la impresión de que está logrando construir una nueva hegemonía, entendida en su sentido más básico, el que Gramsci elabora a partir de Lenin: la capacidad de un grupo de asumir la conducción político-moral de la sociedad y transformar sus valores en los dominantes. (Natanson, 2018, p.22)

Sin embargo, estas apreciaciones sobre el carácter hegemónico de la NDA no pasan de ser señalamientos muy generales, sin precisiones —o en casos como la cita anterior, con inexactitudes— conceptuales, ni especificación de los mecanismos y las modalidades a través de las cuales este cambio cultural estaría siendo

impulsado (ni, por supuesto, hasta dónde y por qué este impulso estaría teniendo éxito, si tuviera alguno). En efecto, todas ellas remiten (a veces implícitamente) al concepto gramsciano de hegemonía, pero en ningún caso asumen y desarrollan las implicancias analíticas que esta categoría supone.

No obstante, creo que esta línea de abordaje establece el terreno de análisis más fértil para intentar captar la naturaleza profunda de la NDL y de la NDA. Si nos situamos en este marco es posible, como intento mostrar en el próximo apartado, entender que las nuevas derechas en la región son, al mismo tiempo, *más y menos* neoliberales que las derechas del “Consenso de Washington”, que en esta aparente contradicción se basa la consistencia de su proyecto político y que, más allá de ciertos rasgos superficiales “novedosos” y ciertas contradicciones operativas y de política pública, intentan generar una ruptura sustancial respecto tanto de las estrategias y los proyectos que hasta ahora desarrollaron las derechas en la región, como de las trayectorias de desarrollo que hasta el presente siguieron nuestras sociedades.

En el siguiente apartado desarrollaré y fundamentaré estas ideas en términos teóricos y la ilustraré con algunas referencias al caso del gobierno de Cambiemos.

## 2. Lo realmente nuevo de las NDL y la NDA

¿En qué consisten el proyecto y la operatoria hegemónica de Cambiemos y en qué sentido es (o pretende generar) una ruptura con el pasado? ¿De qué modo este proyecto da coherencia a un conjunto de características y de acciones políticas que de otro modo parecen desarticuladas y reactivas?

Para examinar estas cuestiones necesitamos, obviamente, precisar lo que entendemos por *hegemonía*. No estoy en condiciones de desarrollar aquí una recuperación reflexiva y crítica del concepto –complejo, no siempre consistente y con múltiples derivaciones– en la obra de Gramsci y de la inmensa literatura (muchas veces discrepante en diferentes aspectos) que existe sobre la cuestión. Me limitaré a tomar una conceptualización lo más elemental posible, para pasar luego a proponer que, para desarrollar su potencialidad analítica respecto de la actual realidad argentina (y eventualmente la latinoamericana), es necesario articularlo con la distinción que Mouffe (2007) hace entre *la política* y *lo político*. A partir de este marco teórico-conceptual desarrollaré una interpretación respecto de la naturaleza y las implicancias de las acciones políticas de la NDA y la NDL, con lo cual, tras abordar, a modo de ilustración, algunos aspectos del caso argentino, cierro el presente apartado.

Para Gramsci uno de los significados de hegemonía, que es el que nos interesa aquí, refiere a la dirección cultural, moral e ideológica de un grupo sobre el resto de la sociedad, de tal modo que la concepción del mundo de aquel deviene

en “sentido común” (Portelli, 1975; Mouffe, 1985). El grupo social que ejerce la hegemonía se hace con una supremacía que trasciende la dominación (basada en la imposición y la coacción), permitiéndole constituirse así en un grupo o clase no solo dominante sino también *dirigente*.

Esta noción de hegemonía tiene numerosas implicancias, muchas de ellas abordadas por el propio Gramsci a lo largo de su obra. Hay tres que son de particular interés para el objetivo del presente trabajo. En primer lugar, ¿cuál es el rol del Estado en la construcción/preservación de la hegemonía del grupo dominante? En segundo lugar, ¿cuáles son los actores sociales centrales en el proceso de construcción hegemónica? Finalmente, ¿cuál o cuáles son los contenidos específicos de la concepción del mundo del grupo dominante que se constituyen en sentido común? En otros términos, ¿cuál es el contenido ideológico específico y sustantivo de una operación hegemónica? Estas cuestiones pueden resumirse en el “dónde”, el “quiénes” y el “qué” de los procesos de construcción/reproducción hegemónica.

En cuanto al rol hegemónico del Estado (entendido este en sentido estricto, o como “sociedad política” según la terminología gramsciana), a pesar de que hay elementos para sostener que Gramsci veía la función hegemónica operando enteramente en la “sociedad civil” (Gramsci, 1972) quedando para el Estado la función de coerción,<sup>6</sup> para algunos autores (Portelli, 1975; Gruppi, 1978) la mirada definitiva del revolucionario italiano sobre esta cuestión es que el Estado cumple o puede cumplir funciones esenciales de construcción y preservación de la hegemonía. Esta función hegemónica del Estado constituye lo que Gramsci llama “hegemonía política” que se diferencia de la que opera en la sociedad civil (“hegemonía civil”) (Anderson, 1991).

En cuanto al “quiénes” de la hegemonía, es muy conocida la importancia que Gramsci otorga a los intelectuales y al partido. A aquellos los concibe en una doble función: “Los intelectuales son los ‘empleados’ del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político” (Gramsci, 1972). Si pensamos al Estado como un aparato hegemónico, son entonces los intelectuales los que tienen a cargo el desarrollo de tales funciones, a la par de las que ejerce como aparato de dominación. Estos intelectuales, contrariamente a la burocracia que está constituida por una capa de funcionarios de carrera, normalmente alcanzan los altos puestos de gobierno por medio de los partidos políticos. La función hegemónica del Estado es desempeñada por quienes se formaron en la vida política dentro de estas organizaciones, en las cuales pudieron desarrollar y aprender toda la variedad de elementos vinculados con la formación y la lucha ideológica: “es innegable que los ‘partidos’ son, hasta ahora,

---

<sup>6</sup> “Se podría decir que el Estado es igual a la sociedad política más la sociedad civil, es decir, la hegemonía reforzada por la coerción” (Gramsci, 1984, p.78).



el modo más adecuado para formar los dirigentes y la capacidad de dirección” (Gramsci, 1984, p.32).

Respecto a nuestra tercera pregunta, el “qué” de la hegemonía, o sea, los contenidos específicos que configuran la “visión del mundo” que a través de la operación hegemónica se difunden en toda la sociedad, Gramsci no dio muchas precisiones. Va de suyo que más allá de las especificidades de las distintas sociedades, en los sistemas capitalistas el elemento “mínimo común denominador” de esta visión del mundo debe ser la exaltación (o al menos aceptación) de la propiedad privada de los medios de producción.<sup>7</sup> A partir de este núcleo, condición de existencia de una sociedad capitalista, se abre una infinita variedad de posibilidades y combinaciones de “concepciones del mundo” que corresponden a las características específicas de cada formación socio-política tanto en su aspecto económico-estructural como cultural y político-institucional.

Más allá de estas particularidades, la disputa hegemónica básica, donde se decide el destino de la sociedad capitalista, se da (o se evita que se dé) en torno de la preservación o sustitución de este núcleo ideológico. Por supuesto, esto no quiere decir que las operaciones hegemónicas y las luchas político-ideológicas solamente refieran a este núcleo consensual. Puede pensarse en una infinidad de ámbitos sociales y temáticos en los cuales el “consenso social” es permanentemente desafiado y parcialmente reestructurado, cualesquiera sean sus vínculos directos o indirectos con aquel núcleo, o incluso cuando estos vínculos no existan o hayan dejado de existir. La sociedad capitalista basa su perduración en esta flexibilidad, por la cual su aspecto básico y distintivo (su núcleo hegemónico) es capaz de convivir con una multiplicidad de formatos y contenidos ideológicos que no son tributarios directos de él, pero que *no lo contradicen*, aún cuando sean capaces de cambiar sustancialmente los rasgos de una sociedad que, de este modo, será al mismo tiempo (muy) distinta pero, básicamente, la misma.<sup>8</sup>

Mi propuesta es que el ámbito central en el cual se configuran las disputas hegemónicas, cambios y consensos básicos “dentro” de las sociedades capitalistas

<sup>7</sup> Si no hay nada de esencial en el capitalismo como formación hegemónica, es imprescindible la construcción discursiva de un “centro” que fije, al menos parcialmente (y siempre provisoriamente), a través de “puntos nodales” el sentido de lo social, conteniendo lo que de otro modo sería un devenir sin sentido de las diferencias (Laclau y Mouffe, 2004). Ese centro discursivo y núcleo último de la formación capitalista es el “derecho” a la propiedad. Es, por ende, el referente último de cualquier disputa hegemónica y, por ello, no parece del todo apropiado asociarla con una “dominación mínima” como sostiene Balsa (2006).

<sup>8</sup> Lo cual no quiere decir que estos cambios sean intrascendentes tanto en términos emancipatorios como con respecto a la “futura” supervivencia de las sociedades capitalistas. Esta flexibilidad político-ideológica del capitalismo puede asociarse con la especificidad de la política y la ideología en las sociedades capitalistas sobre la que insiste Poulantzas (1982), resultado de un Estado que se “disocia” de la sociedad civil. En este sentido, las sociedades capitalistas serían las primeras plenamente políticas y hegemónicas.

(esto es, reiteramos, preservando su núcleo ideológico), es el de *lo político*, en el sentido que Chantal Mouffe (2007) da a este término. Estos cambios producen modificaciones sustanciales en los contenidos del “sentido común” que da forma y sostiene la vida política en las formaciones capitalistas y, con ello permite (o impide) al sistema político en su conjunto, su adaptación y articulación con cambios que se producen en otras esferas, particularmente la económica. Como veremos, en el ámbito de lo político se ponen en juego no solo identidades políticas, sino también “concepciones” respecto a la naturaleza de lo social y de las relaciones sociales.

Mouffe distingue *lo político* de *la política*. El primero se refiere al nivel “óntico” (el de la esencia) donde se establece “el modo mismo en que se instituye la sociedad” (Mouffe, 2007, p.16). La segunda se refiere al nivel “ontológico”, esto es, a la multitud de prácticas de la política convencional. Ambos se encuentran relacionados según un esquema que podría plantearse como de base (lo político) y súper estructura (la política), en tanto la política crea un determinado orden en un contexto “derivado de lo político” (Mouffe, 2007, p.16).

Mouffe distingue tres concepciones de lo político. Una corresponde al liberalismo, para el cual las relaciones humanas constituyen, más allá de la pluralidad de valores y perspectivas, un conjunto armonioso y no conflictivo, con el “individuo” como elemento básico y central de las relaciones sociales. Una segunda perspectiva es la que la autora atribuye a Carl Schmitt, para quien “(...) el criterio de lo político, su *differentia specifica*, es la discriminación amigo/enemigo. Tiene que ver con la formación de un ‘nosotros’ como opuesto a un ‘ellos’, y se trata siempre de formas colectivas de identificación; tiene que ver con el conflicto y el antagonismo y constituye, por lo tanto, una esfera de decisión, no de libre discusión” (Mouffe, 2007, p.18).

De lo anterior surge que lo político queda establecido como un campo que se configura en dos dimensiones. Una es, obviamente, la existencia o no de antagonismo entre las entidades que constituyen la totalidad social. La otra dimensión corresponde a la naturaleza de estas entidades: en el caso del liberalismo se trata de entidades (individuos) “previas” a la relación que se establece entre ellas. En el caso del decisionismo, estas entidades no son anteriores, sino que se constituyen en el propio proceso de interacción social y política, esto es, en el propio proceso de confrontación antagonica. Las identidades sociopolíticas son relacionales: “se trata siempre de la creación de un ‘nosotros’ que solo puede constituirse por la demarcación de un ‘ellos’” (Mouffe, 2007, p.22).

Tomando estas dos dimensiones y sus posibles “valores” podemos definir, lógicamente, otras dos nociones de lo político, como se muestra en el cuadro de la página siguiente. Una tercera noción de lo político corresponde al marxismo, que comparte con el decisionismo su concepción de que lo constitutivo

de lo social es un antagonismo irreductible, pero que asume, con el liberalismo, que las identidades sociales (en este caso clases, no individuos) no emergen de un proceso relacional de tipo político, sino que son “previas” a estas relaciones. Finalmente, podemos pensar en una visión de lo político que asume el carácter relacional de las identidades sociopolíticas, como el decisionismo, pero no supone la absoluta irreductibilidad del antagonismo (esta sería la posición *agonal* sostenida por la propia Mouffe, para quién las relaciones antagónicas definen la naturaleza de lo político, pero son susceptibles de ser “suavizadas” de modo tal que las relaciones amigo / enemigo concebidas por Schmitt, se transformen en relaciones entre adversarios que acuerdan un marco democrático para la resolución de los conflictos).<sup>9</sup>

Sustituimos el término “decisionismo” por “populismo” en el sentido que Laclau (2009) da a este término. No puedo justificar plenamente aquí esta sustitución, salvo referir a que la concepción laclauliana de populismo preserva buena parte de la concepción antagónica y relacional, al tiempo que establece ciertos rasgos de lo político y la política que parecen más adecuados para el estudio y comprensión de las sociedades actuales, particularmente las latinoamericanas. Además, sustituimos el término *liberalismo* por el de *neoliberalismo* en tanto es este último el que enfatiza al *individuo* como referente prácticamente exclusivo de la práctica política y de las relaciones socioeconómicas.<sup>10</sup>

### Campos Hegemónicos (formas de lo político)

	RELACIONES NO- ANTAGÓNICAS	RELACIONES ANTAGÓNICAS
IDENTIDADES CONSTITUIDAS	<b>Campo Neoliberal</b>	<b>Campo Clasista</b>
IDENTIDADES RELACIONALES	<b>Campo Agonal</b>	<b>Campo Populista</b>

<sup>9</sup> Como siempre sucede en estas tipologías, pueden pensarse posiciones intermedias entre las diferentes “celdas” y, de hecho, son notorios los casos de autores que desde el liberalismo se acercan a la posición marxista en lo que hace al “sujeto” político “clase” (ver, por ejemplo, Lipset (1987) y su noción de “lucha democrática de clases”), como los de aquellos autores marxistas que se acercan a posiciones relacionales al postular que las clases se constituyen como tales en la lucha política (por ejemplo, Thompson (1977) entre otros).

<sup>10</sup> El neoliberalismo, como doctrina, se caracteriza por proponer una universalización de la lógica del mercado, en el que lo fundamental no es tanto el intercambio sino la competencia entre individuos que asumen la responsabilidad de su propio desarrollo (Foucault, 2007). El liberalismo de mediados del siglo veinte, contra el cual en buena medida el neoliberalismo reacciona, asume una concepción mucho más asociativa y politizada de lo social, que lo llevó a posiciones de promoción y defensa del Estado de bienestar, la “bestia negra” de los intelectuales neoliberales.

Mouffe trata a estas diferentes nociones de lo político como propuestas alternativas (y excluyentes) respecto de la “verdadera” naturaleza de lo político.

Mi idea es que no se trata de categorías trascendentales, sino de diferentes formas que asume (o puede asumir) lo político en el sistema capitalista, de tal forma que, normalmente, conviven más de una en una formación social dada si bien, en general, una de ellas, en un período histórico dado, tiene primacía respecto del resto.

Cada forma de lo político define a los sujetos sociopolíticos que son reconocidos y que, como tales, intervienen en los procesos políticos. Esto es, de la *forma de lo político* depende tanto la naturaleza de los conflictos políticos como la de quienes están involucrados en los mismos y el modo en que estos serán procesados políticamente. Configuran un tipo específico de sentido común a partir del cual es posible que se desarrollen ciertas modalidades de relaciones sociales y políticas (y quedan marginadas otras) con sus correspondientes instancias de conflicto y cooperación. En este sentido, puede decirse que las diferentes formas de lo político constituyen diferentes *campos hegemónicos*: se constituyen hegemónicamente (expresan la extensión de una concepción del mundo que se vuelve sentido común), pero dado su nivel de abstracción, configuran lo que Gramsci –al referirse a las ideologías orgánicas– llamó: “el terreno en medio del cual se mueven los hombres, adquieren conciencia de su posición, luchan, etcétera” (Gramsci, 1971, pp.56-57). Los campos hegemónicos, entonces, establecen las coordenadas de referencia para la lucha política e ideológica y para la práctica hegemónica y contrahegemónica en los diferentes ámbitos de la formación social. Definen una hegemonía de “primer orden” dentro de la cual se establecen, se desarrollan y eventualmente cambian hegemonías de “segundo orden”. Los campos hegemónicos establecen *el* sentido común dentro de cuyos límites se da la disputa por *los* sentidos comunes.

Desde este punto de vista, entonces, las ideas teóricas respecto de lo político son formas de la lucha ideológica en la que se dirime la primacía de una u otra forma de lo político y se establece uno u otro tipo de campo hegemónico.<sup>11</sup>

Cada campo hegemónico asume ciertos rasgos específicos en cuanto al formato y la dinámica de la política, las características o “formas” del Estado, el vínculo entre este y la “economía”, la estructura de clases y los vínculos entre ellas, el tipo de élite política que se constituye y participa de los conflictos políticos, etcétera.

---

<sup>11</sup> Mouffe (2007) parece acercarse a esta idea cuando habla de que es la hegemonía indiscutida del liberalismo la que ha impedido hasta ahora pensar lo político en términos de antagonismo. A menos que concibiéramos esta hegemonía como algo operativo *solo* en el terreno de las ideas políticas sin ningún efecto sobre lo real-político (algo ciertamente en las antípodas de una concepción gramsciana de hegemonía), lo que está implícito en esta afirmación es que *lo político* es una *construcción hegemónica*. Sin embargo, la autora belga no sigue este hilo de razonamiento.

La *transición* de un campo hacia otro implica el diseño y la puesta en acción de un *proyecto de transformación hegemónica* o *proyecto hegemónico* que apunta a restablecer la coordinación entre el sistema político, los conflictos que dirime y cómo los dirime, de una parte, y los rasgos que asumen las relaciones y las estructuras sociales (que no pueden ya ser procesados políticamente en el terreno del “viejo” campo hegemónico), de la otra.

Se trata de transformaciones de gran envergadura, en las que se involucra la movilización de grandes masas de recursos político-ideológicos de todo tipo y en los cuales se despliegan una gran cantidad y variedad de conflictos que reflejan el carácter antagónico de la disputa entre el “viejo” y el “nuevo” orden, a lo que debe sumarse la apertura para el impulso de potenciales “terceras alternativas”.

La historia política latinoamericana puede leerse como una sucesión de diferentes campos hegemónicos, con transiciones que involucran la construcción y operación de hegemonías políticas impulsadas por partidos “progresistas” (en el sentido gramsciano del término) e intelectuales políticos, y que va desde la primacía de la lógica liberal (que no es neoliberal) entre fines del siglo diecinueve y las primeras décadas del siglo veinte, pasa por un lógica de antagonismo pueblo/antipueblo durante la etapa populista, adquiere rasgos propios de una lógica agonial en las décadas del ochenta y el noventa, para culminar en una fase actual de transición en la que se abre un espacio de fuerte disputa por el impulso que algunos grupos sociales dan a un proyecto hegemónico neoliberal.<sup>12</sup> La debilidad política de las clases sociales latinoamericanas y la correlativa importancia del Estado como elemento estructurante de la vida socioeconómica (Aricó, 2005; Portantiero, 1999), implicó que estos procesos de reconfiguración hegemónica fueran conducidos desde el Estado, esto es, adquieran el formato y la dinámica propia de una “hegemonía política” impulsada por partidos e intelectuales conformados en torno a la aspiración de acceder al control del aparato estatal para impulsar una “reforma político-moral”. Los campos hegemónicos se edificaron y se transformaron en el ámbito de la “sociedad política” antes que en el de la “sociedad civil”.

El ser los agentes impulsores de un proyecto que apunta a la conformación de un “nuevo” campo hegemónico neoliberal, utilizando las estructuras del Estado para iniciar y sostener este impulso “desde arriba”, es la novedad sustancial que distingue a la NDL, tanto de las viejas derechas que operaron como uno de los polos de la lógica amigo / enemigo del campo hegemónico populista, como de aquellas que impulsaron e implementaron políticas neoliberales sin cuestionar en sus fundamentos aquella lógica, dando lugar, así, a los llamados “neopopulismos” latinoamericanos.

<sup>12</sup> Desde mi punto de vista, durante las décadas del ochenta y del noventa del siglo pasado, pletóricas de políticas neoliberales en diferentes países, no hubo un proyecto de implantación de un campo hegemónico neoliberal, sino una operatoria limitada al nivel de la política.

El PRO y el gobierno de Cambiemos son un ejemplo acabado de esta característica singular de la NDL. Luego de cuarenta años de deterioro y paulatina disolución del campo hegemónico populista y la relativamente fugaz alternativa de un campo agonal que no pudo consolidarse, lo que emergió es un partido (el PRO), constituido por un nutrido y decidido grupo de intelectuales políticos con un proyecto de largo alcance capaces de construir una alianza electoral (Cambiemos) que les permitiese llegar al gobierno e impulsar, desde el Estado, una reconfiguración del campo hegemónico, *subordinando* la estrategia política y el contenido de las políticas públicas a este objetivo central.

Que el PRO consistió en un proyecto político de transformación sustantiva orientado a constituir y liderar una nueva “voluntad colectiva” (y no una simple aventura oportunista o una expresión meramente económico-corporativa) tiene, a mi entender, suficiente apoyo empírico en los trabajos que se ocuparon de su constitución, desarrollo y llegada al poder (entre los principales y mejor documentados en este aspecto, se pueden ver Vommaro, Morresi y Bellotti, 2015, y Vommaro, 2017).

En cuanto a su acción gubernamental, no estoy en condiciones de presentar aquí una evidencia empírica amplia que respalde la idea de que la naturaleza profunda de aquella reside en que se trata de un proyecto hegemónico. Me limitaré a señalar, como un modo de mostrar la plausibilidad de esta propuesta y su potencial interpretativo, dos rasgos de la gestión y la acción política del gobierno. Uno de ellos (su práctica discursiva) constituye, a mi entender, uno de los indicios más importantes del modo y la intensidad con que el gobierno operó en el nivel de lo político para transformarlo hegemónicamente. El otro corresponde a ciertas características de las políticas públicas respecto de las cuales pretendo mostrar que alcanzan inteligibilidad (a pesar de su aparente carácter contradictorio) cuando se las piensa en el marco de un proyecto hegemónico.

En cuanto al “discurso”<sup>13</sup> del gobierno, su tono fuertemente individualista se reflejó en una serie de iniciativas político-institucionales, pero particularmente y de un modo destacado, a través de una intensa retórica que se desplegó en todos los niveles del gobierno y en diferentes ámbitos de acción gubernamental. El despliegue de esta retórica y esta práctica discursiva operó, al menos, en tres dimensiones. Una más propiamente político-electoral, en la que el ciudadano es configurado retóricamente e interpelado en su cotidianeidad individual (o familiar) y para quien la política es (debe ser) una esfera que tiene la función de garantizarle las condiciones básicas para poder desplegar y disfrutar de sus propias potencialidades individuales. El “timbreo” es la expresión más clara de este dis-

---

<sup>13</sup> Tomamos aquí discurso en el sentido de Laclau y Mouffe (2004), como una totalidad material (articulación entre elementos lingüísticos y no lingüísticos) que engloba tanto aspectos discursivos como prácticos.



curso. En su significado más profundo, lo que esta práctica electoral implica no es tanto que el político se acerca a escuchar lo que el ciudadano (individualmente y de modo privado) tiene para decirle o eventualmente reclamarle, sino que aquel reconoce a este (y lo valida) en su particularidad y en el lugar (privado) que le es propio (su hogar). Como señala Touzon (2017, en Natanson, 2018, p.84) esta y otras prácticas de campaña electoral, no corresponden tanto a un diagnóstico de una sociedad despolitizada y que se recluye en el ámbito privado, sino que constituyen un *programa*. Esto es, corresponden a un tipo de sociedad y de ciudadanía política que se quiere construir a partir de la implantación de un nuevo “sentido común” de la política, sus sujetos y sus procedimientos.

La otra dimensión discursiva es la económico-social. En ella el gobierno apeló retóricamente a un nuevo sujeto, el “emprendedor”, que universaliza simbólicamente la condición ética de individuos quienes, más allá de todas sus diferencias, se igualan en la aspiración y la capacidad de ser responsables de sí mismos y generar, por su propia cuenta y riesgo (a partir de ciertas “oportunidades” iguales para todos), las condiciones de reproducción y desarrollo de su propia vida. Así como en el discurso político del gobierno, el ciudadano individual se vincula con la política sin mediaciones partidarias (a lo sumo lo hace con un “administrador” con quien interactúa cara a cara o a través de las redes sociales), en el ámbito económico el emprendedor individual se vincula sin mediaciones colectivas con el mercado, haciendo valer sus propias competencias, aspiraciones y deseos. La ola retórica del gobierno en la promoción y ensalzamiento del “emprededurismo” ha sido apabullante, llegando en algunos casos al ridículo (como cuando Macri habló de convertir a la Argentina en “un país de cuarenta millones de emprendedores” o cuando calificó a Manuel Belgrano como un “emprendedor”). No obstante, la ofensiva en este sentido no fue solo retórica: fue también institucional (la Secretaría de Pymes pasó a ser Secretaría de Pymes y Emprendedores, entre otras iniciativas), de política pública (se generaron programas de apoyo económico a iniciativas vinculadas con los llamados “microemprendimientos” de diferente tipo), y de política electoral (algunos notorios emprendedores fueron incorporados como candidatos o funcionarios). Obviamente, el programa macrista no consiste en transformar a todos en emprendedores (como tampoco pretende llegar a todos los hogares para hablar con los vecinos). De lo que se trata es de fomentar y extender una nueva “racionalidad” social, una individualización de las identidades políticas y sociales a partir de las cuales se fijan las coordenadas de la interacción y de los conflictos políticos (incluso cuando involucren, como seguramente lo seguirán haciendo, a actores colectivos como sindicatos o movimientos sociales).

La tercera dimensión discursiva es la represiva. Es un aspecto central del discurso gubernamental sobre el que no puedo extenderme aquí. Contracara o

“lado oscuro” de la parafernalia individualizante y privatista del ser político y social, la coerción y la coacción emergen (en formatos que van desde la violencia institucional hasta el uso de la “justicia” para perseguir a dirigentes opositores) como factores de desarticulación y debilitamiento de las opciones políticas que operan y promueven lógicas no-neoliberales de lo político.

Este discurso gubernamental, multidimensional y dinámico, expresa (y concreta) el compromiso con una *reforma intelectual y moral*, con una reconfiguración del campo hegemónico para centrarlo en un individuo que se constituya en el “dato previo” de toda acción social y política.<sup>14</sup>

En segundo lugar, como dijimos, algunos rasgos relevantes de las políticas socioeconómicas del gobierno de Cambiemos se hacen comprensibles cuando las pensamos como una dimensión subordinada del proyecto hegemónico. Como ya lo mencionáramos, estas políticas han sido evaluadas de modo muy diferente por distintos analistas y estudiosos. Unos señalan su “gradualismo” (por ejemplo, no hubo una reducción drástica del gasto público hasta la crisis económica actual), la atención que prestaron a la cuestión social (no solamente se mantuvieron políticas sociales del anterior gobierno, sino incluso se ampliaron, como en el caso de la cobertura de la Asignación Universal por Hijo) y que se mantuvo un rol activo del Estado (no hubo prácticamente privatizaciones y la obra pública se dinamizó sustancialmente). Otros, en cambio, remarcan el fuerte ajuste que implicaron estas políticas (particularmente en el caso del aumento de las tarifas), señalan las consecuencias sociales de reducción del empleo de calidad y el aumento del trabajo precario, entre otros efectos negativos que produjo de la política económica, y apuntan al desfinanciamiento del Estado que generó la reducción de impuestos a ciertos sectores privilegiados del sistema económico al tiempo que, como consecuencia, se iniciaba un proceso de fuerte endeudamiento externo.

Pareciera que, si la política socioeconómica del gobierno es neoliberal, se trata de un neoliberalismo extraño, una especie de “neoliberalismo después del neoliberalismo” como señalan Bellotti, Morresi y Vommaro (2015). Para estos autores, esta ambigüedad encierra una paradoja o una contradicción: el PRO sostuvo la importancia del rol del Estado, pero con el fin de fortalecer y ampliar el ámbito del mercado; como lo notara Foucault (2007), este es uno de los problemas cruciales del neoliberalismo. Desde mi punto de vista, este rol del Estado y del mercado no es contradictorio ni paradójico porque opera, en el proyecto del gobierno de Cambiemos, en niveles diferentes. En el nivel de la política el

---

<sup>14</sup> Esta pretensión de universalización de una subjetividad individualista puede asimilarse a lo que Lander (2002) llama, la “utopía del mercado total”, solo que lo que importa del mercado no es tanto, como señala Foucault (2007), el intercambio, sino la competencia (en su doble significado, agregamos, de rivalidad con los otros y de capacidad para desarrollarse uno mismo).

Estado aparece jugando un rol más relevante, siempre dentro de un marco en el que la liberación de las fuerzas del mercado permanece como un objetivo prioritario. En este ámbito, es donde el gobierno se muestra como “menos neoliberal” que los de la década del noventa del siglo pasado. Por su parte, en el nivel de lo político es donde, como vimos, el gobierno opera con una agenda plenamente neoliberal. En este nivel es “más neoliberal” que los gobiernos neoliberales anteriores. Por cierto, ambos niveles de neoliberalismo están asociados. Las políticas socioeconómicas con mayor presencia del Estado aparecen como un elemento que sostiene y hace posible la operatoria hegemónica neoliberal en el nivel de lo político. Después de todo:

El hecho de la hegemonía presupone indudablemente que se tenga en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejercerá la hegemonía, que se forme un cierto equilibrio de compromiso, es decir, que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico-corporativo; pero también es indudable que estos sacrificios y este compromiso no pueden referirse a lo esencial, porque si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede dejar de tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica. (Gramsci, 1984, p.36)

La crisis cambiaria que se desató en abril de 2018 muestra que los sectores en cuyo nombre Cambiemos pretendió y pretende gobernar no están dispuestos a cumplir su cuota, no ya de sacrificio, que no les fue solicitado, sino de paciencia para dar tiempo a la consolidación del proyecto hegemónico. No obstante, esto no contradice lo que proponemos aquí. El proyecto de Cambiemos fue y es hegemónico, como tal operó y opera en el nivel de lo político y a esta operatoria subordinó el carácter, la intensidad y el contenido de la política pública bajo la fórmula “menos neoliberalismo (en la política) = más neoliberalismo (en lo político)”. La crisis económica pone en cuestión la sustentabilidad de una fórmula tal. No obstante, no puede ignorarse su potencialidad, bajo el peligro de habilitar, en el futuro, mejores condiciones para su operación.

### 3. Un cierre para abrir

Creo que frente al proyecto hegemónico neoliberal aparecen para el campo nacional-popular tres aparentes opciones las cuales, en realidad, constituyen serios peligros a evitar. Ellas son las que llamo la estrategia del “todo pasa (y el neoliberalismo también)”, la estrategia del “volveremos” y la estrategia de “únete a tu enemigo (si no puedes vencerlo)”. Estas estrategias no son contradictorias,

sino más bien complementarias y, de hecho, hay señales de que se despliegan conjuntamente. Todas comparten un diagnóstico implícito: el neoliberalismo, en la Argentina, es un proceso que se desarrolla y se agota en el nivel de la política y no penetra en el nivel de lo político, esto es, asimilan el neoliberalismo de Cambiemos a una versión apenas modificada del neoliberalismo menemista. Consiguientemente, y más allá de los costos sociales enormes que produzca (y precisamente por ellos), sostienen que, como sucedió con el neoliberalismo noventista, sus chances de perduración son (más tarde o más temprano) nulas.

La estrategia del “todo pasa” expresa cierta condescendencia respecto de un neoliberalismo al que se considera incapaz, más allá de sus triunfos electorales, de penetrar en las capas profundas de la realidad sociopolítica y, por ende, condenado a diluirse en tanto propuesta de transformación sustancial de lo social. Arditi (2009) expresa, creo, en términos teóricos ciertamente atractivos y sofisticados, esta idea. Para el autor mexicano el post-liberalismo, con un nuevo sentido común político-cultural y socioeconómico que coloca a la igualdad y la inclusión en el centro de la agenda política, ya está entre nosotros y, es en buena medida, inmune a los resultados electorales y a las consecuencias de las políticas públicas. Es más, la derecha es traccionada por este nuevo sentido común, lo cual se refleja en sus programas, ahora más socialmente sensibles. Creo que es evidente, dado lo dicho más arriba, lo errado de este pronóstico. Arditi toma lo que la derecha hace en el nivel de la política como equivalente de su programa en el nivel político. El proyecto hegemónico del neoliberalismo profundo apunta, precisamente, a desarticular en su base subjetiva más básica cualquier resabio igualitarista e inclusivo que pudiera haber quedado del pasado populista y de la acción política de las izquierdas gubernamentales recientes. La igualdad y la inclusión están hoy en el centro de una disputa hegemónica en la cual el neoliberalismo tiene un programa más claro y consistente que treinta años atrás.

La estrategia del “volveremos”, por su parte, apela a la reactivación del campo populista. Es más activa que la estrategia anterior y apela a la “insumisión” de los sectores populares frente a los costos del proyecto neoliberal, mientras espera y promueve la generación de un “acto instituyente” (Alemán, 2018), a partir del cual generar el relato épico que permita plantear una alternativa política basada en el “pueblo”. No se trata de que esta estrategia no haya sido eficaz anteriormente y, en buena medida, la única salida política de los sectores populares tal como se fueron configurando a lo largo del siglo veinte. Lo que sucede es que el proyecto hegemónico de la NDA ha corrido (y esto es ya un éxito de su parte) el escenario en el que se define la naturaleza de la futura configuración política y, con ello, el sentido de las interpelaciones políticas (pasamos de la “guerra de movimiento” a la de posición, pero el campo asediado y el sujeto cercado es otro). El discurso y la práctica política (y también económica y cultural) de la NDA es

extremadamente potente porque articula la crisis de las identidades políticas populistas (una de cuyas manifestaciones más dramáticas son los gigantescos cambios en el mercado laboral y la ruptura entre la expresión político-partidaria del populismo y su líder con buena parte de los movimientos sociales y la dirigencia sindical) con una propuesta que reestructura las identidades políticas en torno a una identidad “pre-política”, contundente en cuanto a su inmediata materialidad: el individuo y *su* trabajo, *su* familia, *su* educación, *su* ingreso, etcétera. Bajo estas condiciones, la estrategia populista enfrenta un doble desafío que la torna inviable: debe *rearticular*, con nuevas apelaciones equivalenciales, las identidades populistas degradadas o desarticuladas por la crisis, por un lado, y, por el otro, debe hacerlo al mismo tiempo que está operando una alternativa identitaria que “corta camino” por referencia a una identidad social (el individuo *apolítico* y “cansado” de la política) que *ya está ahí*.

La tercera alternativa es, quizá, la más perjudicial de todas. Implica apropiarse de algunos mecanismos de acción e interpelación político-electoral neoliberales, con el fin de utilizarlos para derrotar electoralmente al neoliberalismo. Creo que la última campaña del kirchnerismo en 2017 mostró, junto con algunos aspectos positivos, algunas señales en este sentido. Se percibe un corrimiento (que como vimos es imprescindible) desde la posición populista, pero hacia la dirección “incorrecta”: la interpelación a un “ciudadano” cuya subjetividad se distingue de la neoliberal *solo* por ser “sufriente” de las políticas neoliberales. Esto implica combatir al neoliberalismo en el ámbito ontológico (la política) con las armas que el neoliberalismo despliega y usa en el ámbito óntico (lo político), lo cual, como es obvio, solo puede resultar en su consolidación social, más allá de los resultados electorales.

¿Cuáles son entonces las opciones que se abren? Estoy lejos de tener una mínima claridad al respecto. Intuitivamente, y dada la complejidad sociopolítica actual de las sociedades latinoamericanas, pareciera que la salida es “rodear” al neoliberalismo con una articulación lo más equilibrada posible entre los campos agonal, populista y clasista. Se trata de una opción cuyas enormes dificultades, parafraseando a Gramsci, despiertan el saludable pesimismo de la inteligencia. No obstante, algunas experiencias latinoamericanas (que deberemos mirar con mucha más atención) y la actual crisis del proyecto hegemónico neoliberal en nuestro país, abren las puertas para el optimismo de la voluntad sin el cual, como señalara el genial teórico italiano, no es posible la acción política transformadora.

## Referencias bibliográficas

- Anderson, P. (1991). *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*. México: Fontamara.
- Arditi, B. (2009.) El giro a la izquierda en América Latina: ¿una política post-liberal? *Ciencias Sociales Unisinos*, vol. 45, N°3, 232-246.
- Aricó, J. (2005). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Balsa, J. 2006. Notas para una definición de la hegemonía. *Nuevo Topo*, N°3, 145-166.
- Barriga, L. y Szulman, M. (2015). Nuevas derechas en América Latina, radiografía de una configuración política. Los casos de Argentina, Ecuador y Venezuela. *Revista de la Red Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea*, Año 2, N°3, 118-127.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- García Delgado, D. y Gradín, A. (2017). Neoliberalismo tardío: entre la hegemonía y la inviabilidad. El cambio de ciclo en la Argentina. En Daniel García Delgado y Agustina Gradín (comp.) *El neoliberalismo tardío. Teoría y praxis*. Documento de Trabajo N°5 del Área de Estado y Políticas Públicas de FLACSO-Argentina. Buenos Aires: FLACSO.
- Giordano, V. (2014). ¿Qué hay de nuevo en las ‘nuevas derechas’? *Nueva Sociedad*, N°254, 46-56.
- Gramsci, A. (1984). *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gramsci, A. (1972). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gramsci, A. (1971). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gruppi, L. (1978). *El concepto de hegemonía en Gramsci*. México: Ediciones de Cultura Popular.
- Laclau, E. (2009). Populismo: ¿qué nos dice el nombre?. En Francisco Panizza (comp.) *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lander, E. (2002). La utopía del mercado total y el poder imperial. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 8(2), 51-79.
- Lipset, S. (1987). *El hombre político. Las bases sociales de la política*. Madrid: Tecnos.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Murillo, M. (2017). La democracia argentina, entre vaivenes e incrementalismo. *Revista SAAP* Vol. 11, N°2, 203-211.
- Natanson, J. (2018). *¿Por qué? La rápida agonía de la Argentina kirchnerista y la brutal eficacia de una nueva derecha*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Portantiero, J.C. (1999). *Los usos de Gramsci*. Buenos Aires: Grijalbo
- Portelli, H. 2011. *Gramsci y el bloque histórico*. México: Siglo XXI.
- Poulantzas, N. (1982). Introducción al estudio de la hegemonía en el Estado. En *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*. México: Pasado y Presente.
- Rodríguez, M. (8 de noviembre de 2017). ¿En Cambiemos leen a Gramsci? *Página/12*.
- Stefanoni, P. (5 de junio de 2014). “La lulización de la izquierda latinoamericana”. *Le Monde Diplomatique edición Cono Sur*.
- Varesi, G. (2016). Tiempos de restauración. Balance y caracterización del gobierno de Macri en sus primeros meses. *Realidad Económica*, N°302, 6-34.



- Vommaro, G.; S. Morresi y A. Bellotti. (2015). *Mundo PRO*. Buenos Aires: Planeta.
- Vommaro, G. (2017a) Libertad, inversión, sensibilidad (¿hacia dónde quiere ir Cambiemos?). En Daniel García Delgado y Agustina Gradín (comp.) *El neoliberalismo tardío. Teoría y praxis*. Documento de Trabajo N°5 del Área de Estado y Políticas Públicas de FLACSO-Argentina. Buenos Aires: FLACSO.
- Vommaro, G. (2017b). La centroderecha y el ‘cambio cultural’ argentino. *Nueva Sociedad*, N°270, 4-13.
- Wainer, A. (agosto, 2017). El carácter social de la política económica del gobierno de Cambiemos. Trabajo presentado en las *XII Jornadas de Sociología de la UBA*.
- Zícari, J. (2016). Las coaliciones neoliberales en la Argentina: los casos de la Alianza y Cambiemos. *Realidad Económica*, N°307, 6-36.